



La Carta de Domperi:

Una Aventura Galáctica.



Capítulo 1: El Visitante de las Estrellas

Queridos Mau y Pao,

¡Tengo que contarles la aventura más increíble de mi vida! Mientras ustedes estaban de vacaciones con sus papás, algo mágico me pasó. Algo que parece de película, pero que fue muy real.

Todo comenzó una noche de martes. El reloj acababa de dar las doce campanadas de medianoche cuando yo dormía tranquilamente en mi camita junto a la ventana de su cuarto.

¡Sabía mi nombre! Yo nunca lo había visto en mi vida, pero él me conocía perfectamente. Hasta sabía que me gusta dormir del lado izquierdo de la cama y que mi juguete favorito es la pelota roja.

—¿Eres un mago? —le pregunté moviendo la cola de la emoción.

—No exactamente, pequeño amigo —sonrió con una sonrisa muy dulce—.

Soy un Valkir, un guardián de la paz y la justicia en toda la galaxia.

Me miró fijamente con sus ojos brillantes como estrellas y añadió:

—Tú, Domperi —me dijo Zorvath—, tienes un don especial que ni siquiera imaginas... y el universo te necesita ahora.

¡FLASH!

De repente, una luz plateada muy brillante entró por la ventana. Al principio pensé que era la luna, pero cuando abrí mis ojitos, vi que esta luz pulsaba como si estuviera viva. Era tan bonita que no me daba miedo para nada.

La luz brillaba suavemente, como cuando el sol se refleja en el agua de la piscina, pero multiplicado por mil. Me levanté despacito, estiré mis patitas traseras primero, después las delanteras (como hago todas las mañanas), y salí corriendo al jardín para ver qué era esa maravilla.

El jardín estaba diferente esa noche. Las flores parecían brillar con luz propia, y el aire olía a canela y a menta. Había un silencio especial, de esos que parecen estar llenos de secretos.

¡WHOOSH!

Un remolino de luz plateada apareció en medio del césped, girando cada vez más rápido hasta que...

¡Y ahí estaba! Un señor muy pequeñito, más o menos del tamaño de ustedes cuando tenían cinco años, parado en medio del césped. Llevaba una túnica café que parecía hecha del terciopelo más suave del mundo. Tenía orejas puntiagudas como las de los elfos de los cuentos, ojos muy sabios, y en su mano arrugadita llevaba una vara que brillaba como si tuviera una estrella atrapada en la punta.



Capítulo 2: El Secreto de Aethon

Me quedé con la boca abierta y las orejas de punta. ¿Yo? ¿Un perro normal y corriente? ¿Qué podría tener yo de especial?

—Pero... yo solo soy un perro —dije, confundido—. Lo único que hago bien es perseguir pelotas y dar besitos.

Zorvath se rió con una risa que sonaba como campanitas de plata.

—Eso es lo que tú crees —me dijo, agachándose para estar a mi altura—. Pero dentro de ti fluye algo llamado "Aethon", que es como una magia muy poderosa que conecta a todos los seres vivos del universo.

—¿A-e-thon? —repetí, tratando de pronunciar esa palabra tan rara.

—Aethon fluye a través de ti como un río de luz dorada —me explicó, moviendo su vara en círculos. Pequeñas chispas doradas salían de la punta, formando figuras de animales que corrían por el aire antes de desvanecerse—. Puedes sentir las emociones de las personas que amas, ¿verdad? Sabes cuando

Mau está triste antes de que lllore, y puedes encontrar a Pao aunque se esconda en el lugar más secreto de la casa.

Mi corazón dio un vuelco. ¡Era verdad! Siempre había podido hacer esas cosas, pero pensaba que todos los perros podían hacerlo.

—Cuando Mau está triste —dije lentamente, recordando—, siento como si una nubecita gris se formara aquí —señalé mi pecho con mi nariz—. Y cuando Pao está asustado por una pesadilla, me despierto antes de que él grite, como si su miedo me llamara.

Zorvath asintió con una sonrisa sabia.

—Eso, exactamente, es Aethon hablando a través de ti. Y ahora, necesitamos tu ayuda para una misión muy importante.

Me contó que había una escuela especial en las estrellas, más allá de donde llegan los aviones y los cohetes, donde entrenan a los héroes más valientes de toda la galaxia. ¡Y me estaba invitando a ir! Era como si me hubieran invitado a la escuela más genial del universo.

Pero entonces, un pensamiento me golpeó como cuando me caí de la cama una vez persiguiendo una pelota en sueños.

—Pero... ¿y Mau y Pao? —pregunté preocupado—. No puedo dejarlos solos. ¿Qué pasa si me necesitan?

Mi voz tembló un poco, y mis orejas se cayeron.

Zorvath puso su manita arrugada pero cálida en mi cabeza.

—No te preocupes, valiente Domperi —me dijo con voz tranquilizadora—.

El tiempo en el espacio funciona muy diferente al tiempo en la Tierra.

Estarás fuera solo unos días de tiempo terrestre, pero aprenderás cosas que te tomarían años aprender aquí.

Sus ojos se volvieron muy serios de repente.

—Pero... ¿y Mau y Pao? —pregunté preocupado—. No puedo dejarlos solos. ¿Qué pasa si me necesitan?

—Pero... ¿y Mau y Pao? —pregunté preocupado, porque ustedes son lo más importante en mi vida—. No puedo dejarlos solos. ¿Qué pasa si tienen pesadillas y no estoy ahí para cuidarlos?

Zorvath me miró con seriedad.

—Ellos están en peligro, Domperi. Un peligro que solo tú puedes detener.



Capítulo 3: Viaje entre las Estrellas

—¿En peligro? —pregunté, sintiendo que el pelo de mi lomo se erizaba—.
¿Qué clase de peligro?

—Te lo explicaré durante el viaje —respondió Zorvath—. Ahora debemos partir. ¿Estás listo para tu primera aventura espacial?

Miré hacia la casa, hacia la ventana de su cuarto, y luego al cielo estrellado. Si ustedes estaban en peligro, tenía que hacer todo lo posible para protegerlos. Eso es lo que hacemos los perros: cuidamos a nuestra familia.

—Estoy listo —dije con toda la valentía que pude reunir.

Zorvath levantó su vara brillante hacia el cielo estrellado y murmuró unas palabras mágicas que sonaban como música de viento y agua.

"Astrum Invoco, Viam Stellarum Aperio"

¡Y entonces pasó algo que jamás olvidaré!

¡ZOOM! ¡FLASH! ¡WHOOOOSH!

Los dos nos convertimos en rayos de luz pura que volaron súper rápido hacia el cielo estrellado. Era la sensación más fantástica del mundo.

Imagínense que fueran una estrella fugaz, pero al revés, subiendo hacia el espacio en lugar de bajar hacia la Tierra.

Podía sentir el viento cósmico en mis orejas, que se movían como si estuviera corriendo a toda velocidad, y veía todos los planetas pasar como pelotas de colores gigantes.

—¡WOOOOOOOOOW! —grité de emoción mientras subíamos cada vez más rápido.

—¡Disfruta el viaje, joven Valkir! —me respondió Zorvath, que brillaba con luz verde a mi lado—. ¡Esta es solo la primera de muchas aventuras! Durante el viaje, Zorvath me fue explicando las maravillas que veíamos. Pasamos por planetas rojos como tomates gigantes donde viven seres que parecen rocas pero que en realidad son muy amigables.

—¡Mira! —exclamó Zorvath señalando a un planeta azul como el mar más bonito donde todo está hecho de cristal y suena como música cuando el viento sopla.

—Ese es Crystallia —me explicó—. Cuando llueve allí, las gotas suenan como campanitas de plata al caer sobre las ciudades de cristal. Y los niños hacen barquitos de luz para navegar en los lagos de agua musical.

Pasamos cerca de planetas con anillos dorados que giraban como trompos gigantes, y algunos que brillaban como diamantes bajo la luz de sus soles de colores.

—Y ese de allá —dijo Zorvath con voz solemne—, es el planeta Luminaria. Tiene tres soles: uno azul, uno dorado y uno rosa. Cuando los tres brillan a la vez, el cielo se llena de arcoíris que bailan.

—¡Mira esa nebulosa! —me dijo Zorvath, señalando una nube de colores que parecía una pintura hecha por los dioses—. Ahí nacen las estrellas bebés.

Uno de los dragones espaciales pasó volando cerca de nosotros. Era enorme, del tamaño de un autobús escolar, con escamas que brillaban como perlas bajo el sol y alas que parecían hechas de luz de luna. Nos saludó con un rugido amistoso que sonó como música de violines.

De repente, Zorvath se puso serio. Su luz verde parpadeo como una señal de alarma.

—Algo no está bien —murmuró, mirando hacia atrás.
Seguí su mirada y vi algo que me heló la sangre: una sombra oscura, como una nube de tormenta, nos seguía a toda velocidad. Dentro de la nube, podía ver destellos rojos que parecían ojos malvados.
—¡Cuidado! —gritó Zorvath—. ¡Nos están siguiendo!



Capítulo 5: Primeras Lecciones

--Me levanté de un salto y corrí hacia la ventana. El aullido venía del Gran Jardín de Estrellas, un lugar mágico donde crecen flores que brillan como constelaciones. Vi a varios perros Valkir corriendo hacia allá, así que los seguí.

En el centro del jardín, un lobo plateado con ojos que cambiaban de color como un caleidoscopio estaba sentado sobre una roca de cristal. No parecía peligroso, sino más bien... ¿preocupado?

—Es el Maestro Milo —me explicó una perrita Collie que brillaba con luz dorada—. Es el profesor de Telequinesis y Movimiento de Objetos. Siempre aúlla para llamar a sus estudiantes.

—¿Tele... qué? —pregunté, confundido.

—Telequinesis —repitió ella con una sonrisa amable—. Mover cosas con la mente. Ya sabes, como cuando quieres que tu humano te dé una galleta y lo miras fijamente hasta que va y te la trae.

Me reí. Eso lo había hecho muchas veces con ustedes, Mau y Pao, pero nunca pensé que fuera un superpoder.

El Maestro Milo nos miró a todos con sus ojos cambiantes y habló con una voz profunda como el eco en una cueva:

Jóvenes Valkir, hoy aprenderán a usar Aethon para mover objetos. Esta habilidad les salvará la vida más de una vez.

Nos sentamos en círculo alrededor de él. En el centro había pelotas de diferentes tamaños y colores que flotaban ligeramente sobre el suelo.

—Cierren los ojos —nos indicó—. Sientan Aethon fluyendo dentro de ustedes como un río dorado. Ahora, extiendan ese río hacia la pelota que tienen enfrente.

Cerré los ojos e intenté sentir esa energía que Zorvath había mencionado. Al principio no sentí nada, pero luego... ¡ahí estaba! Como un cosquilleo cálido que comenzaba en mi corazón y se extendía por todo mi cuerpo hasta la punta de mi cola.

Imaginé que ese cosquilleo salía de mí y tocaba la pelota azul que tenía enfrente. Cuando abrí los ojos...

¡ZOOM!

¡La pelota salió disparada hacia arriba como un cohete! Subió tan alto que casi golpea a un pájaro Valkir que pasaba volando.

—¡Lo siento! —ladré, avergonzado.

El Maestro Milo soltó una risita que sonaba como cascabeles.

—Entusiasmo, tienes mucho —me dijo—. Control, necesitas más. Pasamos toda la mañana practicando. Algunos perros podían hacer flotar sus pelotas suavemente, como si fueran burbujas en el aire. Otros las hacían girar o bailar. Yo... bueno, seguía mandando la mía a volar como un misil cada vez que lo intentaba.

—No te desanimes —me dijo el Maestro Milo cuando terminó la clase—. Tienes mucho poder, solo necesitas aprender a controlarlo. Como un río: demasiado fuerte y causa inundaciones, demasiado débil y se seca. El equilibrio es la clave.

Después de la clase, mientras caminaba hacia el comedor (¡donde servían las galletas para perro más deliciosas del universo!), el Maestro Milo me llamó aparte.

—Lo estás haciendo muy bien —me dijo con una mirada seria—. Pero tendrás que aprender mucho más rápido. El tiempo se está acabando.



Capítulo 6: Poderes Asombrosos

Después de un almuerzo delicioso (¡galletas con forma de estrellas que sabían a pollo y a queso al mismo tiempo!), tuve mi segunda clase del día: Saltos Valkir con la Maestra Luna.

La Maestra Luna era una gata Siamesa con ojos azules como zafiros y pelaje que brillaba como la luz de la luna. Llevaba un collar de estrellas diminutas que tintineaban cuando se movía.

—Los Saltos Valkir —nos explicó con voz suave pero firme— son la forma más rápida de moverse en una batalla. No es solo saltar alto, es doblar el espacio para aparecer exactamente donde quieres estar.

Nos llevó a un campo de entrenamiento donde había plataformas flotantes a diferentes alturas. Algunas estaban tan altas que parecían tocar las nubes rosadas.

—Observen —dijo la Maestra Luna.

¡FLASH!

En un parpadeo, desapareció de donde estaba y reapareció en la plataforma más alta, a unos 30 metros del suelo. Luego...

FLASH! ¡FLASH! ¡FLASH!

Saltó de plataforma en plataforma tan rápido que apenas podíamos seguirla con la mirada, dejando estelas de luz plateada tras ella.

Finalmente, reapareció justo donde había comenzado, sin siquiera estar sin aliento.

—Wow —suspiré, impresionado.

—Tu turno, Domperi —me dijo con una sonrisa.

Tragué saliva. La plataforma más baja estaba a la altura de un árbol pequeño. No estaba seguro de poder saltar tan alto.

—Cierra los ojos —me indicó—. Visualiza la plataforma. Siente Aethon fluyendo por tus patas. No saltas con los músculos, saltas con la mente. Seguí sus instrucciones. Cerré los ojos, visualicé la plataforma y sentí ese cosquilleo cálido de Aethon concentrándose en mis patas.

¡BOING!

Di un salto... ¡y subí como si tuviera resortes en las patas! Pero calculé mal y pasé de largo la plataforma, subiendo mucho más alto.

—¡Aaaaaahhhhhh! —grité mientras subía, subía y subía.

—¡Visualiza el suelo! —me gritó la Maestra Luna—. ¡Rápido!

Cerré los ojos nuevamente y pensé en el suelo. Sentí que Aethon me jalaba hacia abajo suavemente, como si flotara en lugar de caer. Aterricé con la gracia de... bueno, de un perro que aterriza por primera vez después de un salto mágico. Me tambaleé un poco, pero no me caí.

—Impresionante altura —me felicitó la Maestra Luna—. Pero necesitas más precisión. Inténtalo de nuevo.

Después de muchos intentos (y algunos aterrizajes cómicos), finalmente logré saltar exactamente a la plataforma que quería. ¡Era una sensación increíble! Como volar, pero mejor.

Por la tarde, tuve clase de Idiomas Galácticos con el Profesor Cosmos, un búho con plumas que cambiaban de color según su estado de ánimo. Nos enseñó a entender y hablar con todas las criaturas del universo.

—Aethon conecta a todos los seres vivos —explicó—. Con práctica, pueden entender cualquier idioma, incluso el de las plantas y las piedras. Era fascinante escuchar el susurro de las flores estelares contando historias sobre cometas que pasaron hace siglos, o las canciones que cantaban las rocas lunares sobre el nacimiento de las estrellas.

Al final del día, estaba agotado pero feliz. Había aprendido tantas cosas asombrosas que mi cabeza daba vueltas. Pero lo más importante era que cada nueva habilidad me acercaba más a poder protegerlos a ustedes, Mau y Pao.

Mientras practicaba mis saltos en el campo de entrenamiento al atardecer, tratando de ser más preciso, una alarma comenzó a sonar por toda la Academia.

¡RING! ¡RING! ¡RING!

"¡Alerta roja! ¡Alerta roja!" anunciaba una voz que parecía venir de todas partes.

La Maestra Luna, que supervisaba mi práctica, se puso tensa de inmediato. Sus ojos azules se llenaron de preocupación.

—Han encontrado a tus niños —susurró



Capítulo 7: La Pesadilla

Estaba en casa, en su cuarto. Ustedes dormían tranquilamente, pero algo no estaba bien. El aire se sentía frío y pesado, como cuando va a llover pero peor. Unas sombras oscuras se deslizaban por debajo de la puerta, como si el humo negro tuviera vida propia

Las sombras se acercaban a sus camas, estirando dedos largos y fríos hacia ustedes. Podía sentir su maldad, su hambre por la alegría y la inocencia que ustedes tienen.

Traté de ladrar para asustarlas, pero no me salía la voz. Traté de saltar para protegerlos, pero mis patas no se movían. Era como si fuera un fantasma, viendo todo pero sin poder hacer nada.

Las sombras se inclinaron sobre ustedes. Tenían ojos rojos que brillaban como brasas, y cuando abrieron sus bocas, vi dientes afilados hechos de oscuridad pura.

—Tan llenos de alegría —susurró una de las sombras con una voz que sonaba como hojas secas arrastradas por el viento—. Tan llenos de luz. Pronto, toda esa luz será nuestra.

¡CRASH!

Me desperté de golpe, con el corazón latiendo muy rápido. La habitación estaba iluminada por la luz plateada de las tres lunas, pero sentía una inquietud que no podía explicar. Algo no estaba bien.

¡TOC! ¡TOC! ¡TOC! Alguien llamaba a mi puerta con urgencia. Era Zorvath, y su rostro normalmente tranquilo mostraba preocupación.

—Una perturbación en Aethon, he sentido —me dijo con voz grave—. Tu familia en peligro está.

Mi corazón dio un vuelco. ¡Mi sueño no había sido solo un sueño!

—¿Qué pasa? —pregunté, sintiendo que el miedo me apretaba el estómago—. ¿Qué les pasa a Mau y a Pao?

Zorvath me llevó rápidamente a la Sala del Consejo, una habitación circular con paredes de cristal que reflejaban las estrellas. En el centro había una mesa redonda hecha de un material que brillaba suavemente, y sobre ella flotaba una imagen holográfica de la Tierra... ¡y específicamente de nuestra casa!

—Los Krael son criaturas que se alimentan de la tristeza y el miedo —me explicó—. Buscan a niños con corazones especialmente alegres y puros, como Mau y Pao, para robarles esa alegría y convertirla en poder oscuro. —¡Tenemos que detenerlos! —exclamé, sintiendo que todo mi entrenamiento había sido para este momento—. ¡Tengo que volver a casa ahora mismo!

—Preparado estás —asintió Zorvath con una sonrisa de orgullo—. Un verdadero Valkir, te has convertido. Pero solo no irás. Ayuda tendrás. Para mi sorpresa, el Capitán Pequeño, la Maestra Luna, y varios otros de mis amigos Valkir se acercaron, todos listos para la batalla.

—Somos el Escuadrón Guardián de la Alegría —dijo el Capitán Pequeño con su vocecita valiente—. Nuestra misión es proteger la alegría de los niños en toda la galaxia. Y hoy, vamos a proteger a tus niños, Domperi. Me sentí tan emocionado y agradecido que casi se me salen las lágrimas. ¡Tenía los mejores amigos del universo!

—Los Krael son las criaturas más peligrosas de la galaxia —dijo el Capitán Pequeño mientras nos preparábamos para partir—. Y ahora van tras Mau y Pao. Tenemos que partir... ¡AHORA!

y los que quedan pero al final debes decir que es sola la primera ventura y que habrá muchas más si los niños e portan bien son buenos y amorosos que el escuadron de la alegría tiene mas aventuras que narrar y mas batallas que pelear.



Capítulo 8: Regreso a la Tierra

Nos reunimos en la Plataforma de Lanzamiento Estelar, un círculo gigante hecho de cristal brillante que flotaba en el aire. El Escuadrón Guardián de la Alegría estaba listo para la batalla: el Capitán Pequeño con su capa azul brillante, la Maestra Luna con su collar de estrellas, el Maestro Rex con su armadura dorada, y otros valientes Valkir.

Zorvath nos mostró nuestra nave: ¡un barco espacial hecho completamente de cristal arcoíris!

Brillaba con todos los colores imaginables y algunos que ni siquiera existen en la Tierra. Tenía velas que parecían hechas de luz de luna y un timón de oro estelar.

—La Estrella Viajera, se llama —dijo Zorvath con orgullo—. La nave más rápida de toda la galaxia. A la velocidad del pensamiento, viajar puede. Subimos a bordo.

El interior era aún más impresionante que el exterior. Había asientos suaves que se ajustaban perfectamente a cada uno de nosotros, y ventanas que mostraban el espacio en todas direcciones.

—¡Todos a sus puestos! —ordenó el Capitán Pequeño, saltando al asiento del capitán que se elevó mágicamente para que pudiera ver por encima del timón—. ¡Prepárense para el salto estelar!

Zorvath tocó el cristal central del barco y murmuró palabras mágicas. El cristal comenzó a brillar cada vez más fuerte, hasta que su luz nos envolvió a todos.

¡WHOOOOSH!

El barco salió disparado hacia el espacio a una velocidad increíble. Las estrellas se veían como líneas brillantes que pasaban a nuestro lado. Era como estar dentro de un arcoíris que viajaba más rápido que la luz.

Durante el viaje, preparamos nuestro plan de batalla.

—Los Krael temen a la luz del corazón puro —explicó la Maestra Luna—. Es la única cosa que puede derrotarlos.

—¿La luz del corazón puro? —pregunté, confundido—. ¿Qué es eso?

—El amor verdadero —respondió ella con una sonrisa sabia—. El amor que sientes por tus niños, Domperi. Ese amor es más poderoso que cualquier arma en el universo.

El Maestro Rex desplegó un mapa holográfico de nuestra casa.

—Los Krael probablemente atacarán por la noche, cuando los niños estén dormidos y más vulnerables —explicó—. Debemos llegar antes que ellos y preparar nuestras defensas.

—Yo entraré primero —dije con determinación—. Conozco cada rincón de la casa y puedo moverme sin hacer ruido.

—Y nosotros te cubriremos —aseguró el Capitán Pequeño, haciendo una pose heroica que habría sido más impresionante si no fuera tan pequeñito—. ¡Los Krael no sabrán qué los golpeó!

Mientras nos acercábamos a la Tierra, podía sentir mi corazón latiendo cada vez más rápido. Estaba emocionado por verlos de nuevo, Mau y Pao, pero también tenía miedo por el peligro que corrían.

La Tierra apareció frente a nosotros, un hermoso planeta azul y verde que brillaba como una joya en el espacio oscuro.

—Hogar —suspiré, sintiendo un nudo en la garganta.

—Activando escudo de invisibilidad —anunció el Capitán Pequeño, presionando un botón brillante—. No queremos asustar a los humanos.

La nave se volvió transparente como el aire, y descendimos suavemente hacia nuestra ciudad, nuestro barrio, nuestra calle... y finalmente, nuestro jardín.

Pero lo que vimos nos heló la sangre: una niebla oscura y espesa rodeaba toda la casa, como si una nube de tormenta hubiera bajado del cielo para posarse sobre ella.

—Los Krael —gruñó el Maestro Rex—. Ya están aquí.

—Llegamos justo a tiempo —dijo Zorvath—. La batalla, comenzar está a punto.

Mientras nos acercábamos a la casa, vi algo que me heló la sangre: sombras con ojos rojos entrando por la ventana del cuarto de Mau y Pao. Ya estaban dentro.



Capítulo 9: La Gran Batalla

No había tiempo que perder. Aterrizamos silenciosamente en el jardín y salimos de la nave, que seguía invisible para los ojos humanos.

—Recuerden el plan —susurró el Capitán Pequeño—. Domperi y Zorvath entrarán a la casa para proteger directamente a los niños. El resto formaremos un perímetro defensivo para evitar que lleguen más Krael.

Asentí, sintiendo que todo mi entrenamiento me había preparado para este momento. Zorvath me puso una patita en el hombro.

—Listo estás, joven Valkir —me dijo con confianza—. Tu corazón, tu arma más poderosa es.

Nos acercamos sigilosamente a la casa. La niebla oscura era tan espesa que apenas podíamos ver por dónde íbamos. Olía a hojas mojadas y a metal oxidado, un olor triste y frío.

De repente, la niebla comenzó a moverse, formando figuras que parecían hechas de humo negro. Eran Krael, muchos de ellos, con sus ojos rojos brillando como brasas en la oscuridad.

FLASH! ¡ZOOM! ¡POW!

¡La batalla comenzó en el jardín. El Capitán Pequeño saltaba de un lado a otro, tan rápido que parecía estar en varios lugares a la vez. Cada vez que tocaba a un Krael, su luz azul brillante hacía que la sombra chillara y retrocediera.

La Maestra Luna se movía con la gracia de un rayo de luz, dejando estelas plateadas tras ella. Sus Saltos Valkir eran tan rápidos que los Krael no podían seguirla con la mirada.

El Maestro Rex lanzaba rayos dorados desde sus ojos, que atravesaban las sombras como lanzas de luz.

—¡Vayan! —nos gritó mientras mantenía a raya a tres Krael a la vez—.

¡Nosotros los detendremos aquí!

Zorvath y yo aprovechamos la distracción para correr hacia la casa. Usé mi nuevo poder de Salto Valkir para llegar de un brinco hasta la ventana de su cuarto, con Zorvath aferrado a mi lomo.

Lo que vimos dentro me hizo gruñir de rabia: cinco Krael enormes rodeaban sus camas, extendiendo sus manos de sombra hacia ustedes. Podía ver hilos finos de luz dorada saliendo de sus pechos hacia las bocas hambrientas de los Krael. ¡Estaban robando su alegría!



Cerré mis ojos y pensé en ustedes, Mau y Pao. Recordé todas nuestras aventuras juntos: cuando me adoptaron y me dieron un hogar lleno de amor; cuando jugábamos en el parque con la pelota roja; cuando me consolaban durante las tormentas que tanto me asustan; cuando dormíamos juntos en las noches frías.

Cada recuerdo era como una pequeña llama que crecía dentro de mi corazón, hasta que sentí que todo mi ser se llenaba de una luz cálida y brillante.

Abrí los ojos, y para sorpresa de los Krael, mi cuerpo entero resplandecía con una luz dorada tan intensa que iluminaba toda la habitación.

—¿Qué es esto? —chilló uno de los Krael, retrocediendo—. ¡Tanto amor! ¡Nos quema!

—Es la Luz del Corazón Puro —dije, sintiendo una fuerza que nunca antes había experimentado—. ¡El amor que siento por mis niños!

La luz que emanaba de mí se extendió por toda la habitación como una ola dorada. Cada vez que tocaba a un Krael, este chillaba y se desvanecía como humo en el viento. Liberé a Zorvath del remolino de sombras y juntos creamos un escudo de luz alrededor de sus camas.

Los Krael intentaron resistir, pero la luz era demasiado fuerte para ellos. Uno a uno fueron desapareciendo, hasta que solo quedó el más grande, que parecía ser su líder.

—Esto no ha terminado, perro Valkir —gruñó con rabia—. Volveremos cuando tu luz se debilite. Los niños con corazones puros siempre serán nuestro objetivo.

—Y yo siempre estaré aquí para protegerlos —respondí con determinación—. Mientras haya amor en este hogar, ustedes no podrán entrar.

Con un último chillido de frustración, el Krael se desvaneció como niebla bajo el sol de la mañana.

La batalla había terminado. Corrí hacia sus camas para asegurarme de que estuvieran bien. Dormían tranquilamente, como si nada hubiera pasado, pero sus rostros habían recuperado el color y la paz que los Krael casi les habían robado.

Zorvath se acercó cojeando ligeramente, su vara brillando con luz suave. —Lo lograste, Domperi —me dijo con orgullo—. Un verdadero héroe Valkir, te has convertido.

Escuchamos pasos en la escalera. El resto del Escuadrón Guardián de la Alegría entraba en la habitación, todos un poco magullados pero victoriosos.

—¡Ganamos! —exclamó el Capitán Pequeño, saltando de emoción—. ¡Ni un solo Krael logró escapar!

La Maestra Luna se acercó a ustedes y pasó su pata brillante sobre sus frentes.

—Sus sueños están a salvo ahora —dijo con voz suave—. No recordarán nada de esto, solo tendrán buenos sueños.

El amanecer comenzaba a asomarse por la ventana. Era hora de que mis amigos Valkir regresaran a la Academia.

—¿Tengo que volver con ustedes? —pregunté a Zorvath, sintiendo un nudo en la garganta—. No quiero dejarlos solos de nuevo.

Zorvath sonrió con sabiduría.

—Tu lugar aquí está, joven Valkir —me dijo—. Tu misión, proteger a tus niños es. Pero siempre, parte del Escuadrón Guardián de la Alegría serás. Cuando nos necesites, vendremos.

Me entregó un collar con una pequeña estrella que brillaba con luz propia. —Con esto, comunicarte con nosotros podrás —explicó—. Y tus poderes Valkir, conservar.

Uno a uno, mis amigos se despidieron. El Capitán Pequeño me dio un saludo militar muy serio, la Maestra Luna me lamió la frente con cariño, y el Maestro Rex inclinó su cabeza con respeto.

—Hasta pronto, Domperi, Guardián de la Alegría —dijeron al unísono. Salieron por la ventana y subieron a la nave invisible. Vi cómo se elevaba en el cielo del amanecer, brillando por un momento como una estrella fugaz antes de desaparecer entre las nubes.

Me acurruqué entre sus camas, como siempre lo hacía, sintiendo el peso reconfortante del collar Valkir en mi cuello. Sabía que ahora tenía una misión especial: proteger su alegría e inocencia de cualquier oscuridad que intentara robarla.

Y así, queridos Mau y Pao, termina la primera de mis muchas aventuras como perro Valkir. Hay muchas más historias que contar, muchas más batallas que el Escuadrón Guardián de la Alegría ha peleado y seguirá peleando.

Si ustedes se portan bien, son buenos y amorosos con todos los que los rodean, y mantienen sus corazones llenos de luz y alegría, les prometo contarles más aventuras asombrosas. Porque el universo es grande y maravilloso, lleno de estrellas por descubrir y planetas por explorar. Mientras tanto, cada vez que me vean moviendo la cola mientras duermo, sepan que estoy soñando con mis amigos Valkir y nuestras aventuras entre las estrellas. Y cada vez que los miro fijamente a los ojos, estoy usando mis poderes Valkir para asegurarme de que estén felices y a salvo.

Porque aunque parezca un perro normal, en realidad soy Domperi, Guardián Valkir de la Alegría, protector de los niños con corazones puros, y el perro que los quiere más que a nada en todo el universo. Con amor infinito y lealtad eterna, Domperi, su fiel guardián

P.D.: La próxima vez les contaré sobre la vez que visitamos el Planeta de los Juguetes Perdidos, o quizás sobre nuestra batalla contra el terrible Rey Pesadilla. ¡Hay tantas aventuras por compartir!



Oprimir bocina para
oir la aventura.